

**B**UENO sería que nosotros, los vehementes hispanos, estuviéramos ahora inventando una nueva forma constitucional basada en un desarme de extremismo polémico y una apacible tendencia al diálogo!

Recuerdo que cuando, siendo yo muy joven, Ruiz-Giménez fundó una revista con el título de «Cuadernos para el diálogo», ya anunciaba el mecanismo auditivo y equilibrado sobre el que se quería montar la renovación del pensamiento.

No se sentaba con esto que los españoles fueran del todo alérgicos a un pacifismo racional del diálogo: cuando muchas de sus mejores entregas de emoción o inteligencia fueron trasladadas a la imprenta en forma de diálogo; así, la teología escrituraria en los «Nombres de Cristo», de fray Luis de León; la «gramática» en los «Diálogos de la Lengua», de Luis Vives; así, la narrativa de la «Celestina». El mismo «Quijote» está mal entendido por los que lo consideran una expresión restallante de la vehemencia española tan quijotesca cuando en realidad la misma contextura del libro —en definitiva un diálogo entre Quijote y Sancho Panza— se plega a un examen analítico y dual de sus temas. Américo Castro extrajo mucho jugo de auténtico cervantismo como gemelo de la moderación equilibrada del pensamiento de Erasmo, quizá el europeo más dialogante de la época.

Fue sutil y penetrante Eugenio d'Ors en su apotegma: «La elocuencia consiste en la seguridad de ser escuchado.»

Ni Alcalá Galiano, ni Moret, ni Castelar, ni Donoso, ni Vázquez de Mella emplearon ninguna forma dialogada. Ellos afirmaron con entusiasmo, con una sintaxis alargada y metáfora vistosa y candente, con lo cual tenían sus salones o auditorios rebosantes de oyentes. Una pelota y un paredón le basta a un español forzado para jugar al frontón. En cuanto la pared «inter-pósita» se convier-

# NEGOCIAR

te en red se ha inventado el tenis y los españoles han empezado a volverse ingleses, holandeses o suecos.

Pero ahora, de pronto, los españoles se han puesto a dialogar y organizar cenas y almuerzos con salsa de política, Tierno Galván almuerza con Suárez; las Comisiones Obreras dialogan con los Sindicatos y los ministros. En las profundidades semánticas del idioma, como en las algas del fondo del mar, se conservan inmensos almacenes de proteínas dialécticas. Los mismos heterodoxos españoles fueron hombres de afirmaciones redondas, no de diálogos puntiagudos. Así, Sánchez, el Brocense, en su espíritu filosófico y su planteamiento eminentemente escéptico, lo hace bajo un título despiadado: «Quod nihil scitur» (Que nada se sabe). Lo mismo en la vacilante y dubitativa doña Oliva Sabuco de Nantes, o el abate Marchena. Menéndez Pelayo se declaraba, con razón, católico a machamartillo, pero de vez en cuando suspendía su jornada de forjador y herrero y marchaba como Apolo en el cuadro velazqueño a hacerle una visita a Vulcano a su fragua, los heterodoxos españoles, por su sorpresivo «suspense», le divertían mucho a don Marcelino.

Hasta que llegaron a la vida intelectual

y universitaria de España los Sainz del Río, los Giner o los Azcárate, en esa oleada de «krausismo», que era como un

«kantismo» aguado al servicio de la institución libre, para ser usado en forma de pomada cutánea sobre las erupciones de la piel soleada de Hispania con sus sarpullidos y pedanterías.

España, tomándole a Horacio algo más que sus bien medidos exámetros, se sirvió de la postura clásica del «carpe diem», del «beatus ille qui procul negotii» o la «escondida senda» que buscaba tray Luis habla comprendido que el «ocio» resumió la elegante postura clásica, mejor que en el italiano, por ejemplo, el «dolce far niente». Comprendió que era la negación del ocio, el «neg-ocio». Se diría que el valor clásico aprobaba en su entraña coloquial el postulado de aquel tratante de mulos en Jerez: «Negocio que no da para levantarse a las doce, no es negocio.»

Pero por muy asombroso que nos parezca esa tesis genuinamente bética emplea a inyectar en Europa con dosis nueva de tranquilizante y lentitud. La política, por tanto tiempo olvidada de la vida de intercambio racional y humano, empezaba a pensar si no podría intentarse una devolución de eficacia e importancia al verbo «negociar».

No sé si todo ese esperanzado optimismo se volatilizará al ponerse en contacto con la vida.

Todos los partidos, todos los países, todos los pre-beligerantes querían negociar sus tesis varias. Ya por lo pronto esa confianza casi mágica en la vieja sabiduría proverbial del «hablando se entienden las gentes» implica, por lo menos, un tiempo más lento, una fe en una posible esperanza, un renuevo de la sensibilidad civilizada; en fin, en cualquier caso, ¡un buen negocio!

José María PEMAN  
De la Real Academia Española